

En mi último adiós

Marcela Palma

La tarde roja y fría reflejaba sobre el ventanal convertido en espejo, tu imagen y la mía.

—Mientras más vives, más pérdidas, dije yo.

—O más ganancias, respondiste tú y reíste con esa risa franca y juguetona que siempre te caracterizó.

Hoy, sentada junto a este papel y de frente a tu ausencia tangible, absurda y dolorosa, recuerdo aquella conversación y pienso que ambos tuvimos razón: al irte, tú ganaste; al quedarme yo perdí pero perdimos todos, es una pérdida tan compartida y no por eso menos triste.

Apenas ayer, y ya pasaron más de 20 años, convivimos la angustia por el examen, el miedo a Latín, la impotencia ante la Filología y compartimos también, ¿lo recuerdas?, ese grupo musical, especie de estudiantina que festejaba el día del maestro, el cumpleaños de alguno, o el fin de un semestre. Era la música, el pandero, y todo el color de nuestros 20 años inundados de esperanza, de luz, de mucho estudio y de gran cariño.

Después de la angustia del estudiante se transformó en la dedicación y entrega del investigador. Te vestiste con los ropajes del acucioso buscador de líneas de oro; hurgaste en los viejos armarios; revolviste polvorientos y grises papeles para devolverlo todo en un ensayo, en una ponencia, en un libro.

“No más de 20 minutos ó 10 cuartillas”, leíamos en las convocatorias de los Congresos, pero cómo decir tanto en tan poco, y siempre rebasabas el tiempo porque el conocimiento te envolvió a tí.

La facultad, el instituto, A.I.T.E.N.S.O., El Paso, todo lo tocaste y como rey Midas lo convertiste en parte de tí. Tu sonrisa se quedó en nosotros, tu imagen y tu recuerdo vivirá para siempre en cada uno de nosotros y tu investigación iluminará a todos aquellos que vengan detrás.

Navegaste primero, preferiste partir antes para iluminar el mar oscuro de la noche callada. Buscaste en el ayer y al descubrirte ese ayer te aclamó para sí y tu respondiste al llamado. Ahora conoces el rostro oculto de Sor Juana, compartes los infortunios de Sigüenza, coqueteas con los amores de los poetas novohispanos y hablas en el escenario teatral del siglo XVI. Ahí no hay tiempo, ahí no son 20 minutos ni diez cuartillas, ahí eres el más joven de los investigadores y el más querido. Me dan envidia quienes dialogan contigo y me da coraje que te hallan

arrebatado de nosotros tan prontamente. Sin embargo te quedas en la mirada de quienes te conocimos, en el canto de Jessy Norman, en el allegro maestoso de Vivaldi; te quedas en la tarde cálida después del Congreso, en la copa de vino blanco y las tiendas abiertas de aquel centro comercial de El Paso que juntos recorrimos, te quedas hoy como ayer y como siempre compartiendo, departiendo, invitando y enseñando, no sólo literatura sino aprendiendo de tí que siempre, ante todo, sonreías.

Por eso, Humberto, creo que tú ganaste al irte, pero nunca sabrás cuánto perdimos nosotros y en eso estriba tu triunfo.

Hasta Pronto.